

CAPITULO LXVI.

Manda Felipe II al duque de Parma que entre con su ejército en Francia para levantar el sitio de París.--Repugnancia de Alejandro.--Hace representacion al rey sobre lo fatal de esta medida.--Insiste Felipe II despues de oír á su Consejo.--Se prepara el duque de Parma á su expedicion.--Entra en Francia su vanguardia.--La sigue él mismo á la cabeza del cuerpo de su ejército.--Reunion de los coligados en Guisa.--El duque de Mayena.--Llega el campo combinado á Meaux.--Perplejidad de Enrique de Navarra.--Deja los muros de París y avanzan hasta Cheles.--Cartel de desafio que envia al campo de los confederados.--Respuesta de Alejandro.--Preparativos de batalla.--Movimiento rápido de Alejandro sobre la plaza de Lagny.--Toma de esta fortaleza.--Levantamiento del sitio de París.--Regocijo de la capital.--Licencia el rey de Navarra parte de su ejército y se retira á Normandía.--Toma de Corbeil por los coligados.--Vuelta de Alejandro Farnesio á los Países-Bajos (1).

1590.

YA sabemos los muchos sacrificios que tanto en dinero como en gente costaba á Felipe II la influencia que ejercia en los negocios de la Francia, desde el principio de las guerras civiles y religiosas que tenian ya de dura tantos años. Cuanto mas andaba el tiempo, tanto mas se complicaba la situacion y crecian para él los temores ó las esperanzas; tanto mas necesario le era hacer esfuerzos para no malograr los que ya habia hecho. Despues de la jornada de las barricadas y el asesinato del duque de Guisa, se habian estrechado mas sus vínculos con la liga; la muerte de Enrique III le habia identificado con esta vasta asociacion, instrumento de sus miras ambiciosas. La gran prueba de

(1) Las mismas autoridades.

que consideraba á la liga como cosa propia, y los asuntos de Francia como personales, es que descuidaba en su favor intereses de grandísima importancia, hasta el punto de traer en su auxilio, desde los Países-Bajos, tropas que le eran indispensables para la sujecion de sus provincias. Inmediatamente que se declaró una nueva guerra entre la santa liga y Enrique, dió el rey órdenes al duque de Parma para que enviase cuantas fuerzas le fuesen posibles en auxilio del duque de Mayena, advirtiéndole que se preparase él mismo á entrar en Francia á la cabeza del ejército. Obedeció Alejandro las órdenes del rey enviando un cuerpo de mil caballos y dos mil infantes á las órdenes del conde de Egmont, que fué muerto en la batalla de Ivry, habiendo participado sus tropas de la derrota total que cayó al ejército de los liguistas. Al saber Felipe II esta noticia, al ver tan comprometida de nuevo la suerte de la liga, sobre todo con el sitio de París que acababa de poner Enrique de Navarra, no titubeó en enviar órdenes terminantes al duque de Parma para que con cuantas mas fuerzas pudiese, entrase en Francia y acudiese á levantar el sitio de su capital tan seriamente amenazada. Para mover mas el ánimo del duque, pasó el de Mayena á verse con él en los Países-Bajos, donde le hizo ver los apuros de su situacion, la gran gloria que aguardaba á Farnesio con ser el libertador de aquel pais, y las inmensas ventajas que su protectorado iba á producir al rey de España. Mas ni estas razones tan plausibles, ni las órdenes terminantes de Felipe II, podian apartar de los ojos del duque lo que tenian de desacertadas. Imprudente le pareció en efecto que se enviasen como auxiliares en guerra extraña á un general y á un ejército tan activamente ocupados en dar término á una propia. Al cabo de once años de esfuerzos y trabajos en que habia reconquistado para el rey doce provincias de las sublevadas, se le arrancaba del teatro de sus glorias que aguardaba coronar con la sujecion de las restantes, sobre todo las de Holanda y Zelanda, tan apetecidas. A su cabeza se ha-

llaba el príncipe Mauricio distinguido por su actividad, pericia militar y artes de gobierno, digno en un todo de su padre, favorecido por la reina Isabel, aliado con los calvinistas de Francia, con los príncipes luteranos del imperio. ¿No era de temer que se aprovechase este jefe de su ausencia, que robusteciese su mando en las provincias que le eran tan afectas, que agrandase su territorio auxiliado como estaba por la reina y por todos los que á disminuir la dominacion del rey católico aspiraban? La pérdida de Breda manifestaba bien la actividad del príncipe de Orange y el peligro que corrían las provincias ya sujetadas y cuyos verdaderos sentimientos no podían ignorarse. ¿Cómo se podría presentar en Francia con fuerzas respetables dejando en Flandes las suficientes para continuar la obra que con tantos trabajos y todo género de esfuerzos llevaba tan adelantada? Su ejército no era bastante numeroso para atender á dos objetos de tanta consideracion. El dinero escaseaba, y cada momento se podían temer las sediciones que los apuros de esta clase tan frecuentemente promovían. El fruto de la expedicion de Francia era dudoso, y muy seguro el mal que la ausencia de las tropas iba á producir en Flandes.

Tales fueron las razones que el duque de Parma expuso al rey para disuadirle de la determinacion que habia tomado en favor de aliados sospechosos, tan en perjuicio y detrimento de sus propios intereses. A pesar de que Felipe II habia tomado irrevocablemente su partido, le pareció oportuno someterlas á la deliberacion de su consejo. Opinaron algunos porque se siguiese el dictámen de Alejandro, haciendo ver la imprudencia de ayudar á los extraños con lo que hacia tanta falta dentro de la propia casa. Que no estaba el rey tan seguro de la buena fé de los jefes de la liga, que no se pudiese temer fuesen pagados con ingratitud tan costosos sacrificios; que podían tomar los negocios en Francia un sesgo tal, que dejase burlada del todo su política; que con tantas parcialidades é intrigas como pululaban en aquel pais donde el rey de Na-

varra tenia infinitos partidarios, se podia temer que al fin se diese un paso que conciliase los intereses de la ley sálica con los de la iglesia católica, en cuyo caso serían perdidos cuantos gastos habia hecho el rey en Francia, y quedarían sin ninguna indemnizacion los perjuicios que le produjese en Flandes la separacion de tantas tropas; que la final sujecion de todas las provincias de los Países-Bajos era el principal objeto á que debia encaminarse la política del rey católico, como el medio de dar para siempre término á una guerra que por veinte y dos años costaba tanto dinero y tanta sangre; guerra que seria acaso interminable, si se hacia salir de Flandes al ejército y al general afortunado que por su valor y capacidad en tan buen estado la llevaba.

Contra estas razones expusieron otras los que trataron de hacerse mas gratos al monarca, de cuyas verdaderas intenciones se hallaban penetrados. Dijeron que por muy importante que fuese el concluir la guerra de Flandes, por muchos perjuicios que acarrease al rey el hacer salir de ellos al duque de Parma con un cuerpo de tropas respetable, todo se debia posponer al objeto importantísimo de auxiliar la santa liga que con tanto teson por defender la religion católica luchaba; que en Francia estaba el núcleo de la heregía y el verdadero centro de la insurreccion de los Países-Bajos; que mientras no se destruyese á Enrique de Navarra y se le imposibilitase de subir al trono de Francia, no habia que esperar el triunfo completo de la religion en aquel pais donde el calvinismo se mostraba cada vez mas atrevido y orgulloso; que por lo mismo que se podia temer algun sesgo en los negocios de aquel reino que desbaratase los planes políticos del rey, se debia acudir con rapidez á fin de asegurar y robustecer la fé de los amigos y trastornar los proyectos de los enemigos ó los sospechosos; que la gloria de levantar el sitio de París, asiento principal del catolicismo en Francia, tan asegurada por los malditos calvinistas, era digna y propia de un gran rey que el

nombre de católico llevaba; que levantado este sitio, robustecida la liga y destruidas las esperanzas de Enrique de Navarra, volvería Alejandro á presentarse con doble prestigio delante de los rebeldes, desmayados sin duda con el vencimiento de sus correligionarios.

No hay necesidad de indicar que Felipe II se atuvo á esta opinion que no era mas que un eco de la suya. El resultado fué la reiteracion de la órden dada al duque de Parma de ponerse en camino para Francia, segun se le tenia mandado. Esforzó el rey en su carta todas las razones que se habian expuesto en el Consejo en favor de la medida. Le hizo ver que su ausencia de los Países-Bajos no sería tan larga que diese al príncipe Mauricio lugar de extender su territorio; que el servicio que en Francia iban á hacer sus armas á la religion católica, era de bastante importancia para que delante de él desapareciesen todos respetos y consideraciones: que estaba reservado á un capitán de su reputacion llegar á la cumbre de la fama en el nuevo teatro que se iba á ofrecer á su capacidad y valentía: que él por su parte tendría por un grande obsequio que se prestase á dar gustoso esa nueva prueba de fidelidad y de obediencia.

A tan reiteradas y estrictas órdenes, no restaba mas respuesta que obedecer al gobernador de Flandes. Cuantas razones alegaba el rey acompañadas de elogios tan lisonjeros para su amor propio, no destruyeron sin embargo las que le animaban á él mismo contra una medida que graduaba siempre de imprudente. A los obstáculos materiales que le ofrecia su pronta ejecucion se le añadía la repugnancia de abandonar un teatro donde habia adquirido una gran reputacion, por uno nuevo y desconocido en que podia tal vez comprometerla. Como estaba tan bien informado de lo que ocurría en Francia, le repugnaba mucho ponerse en juego con tantas parcialidades é intrigas, no siéndole dudosa la poca buena fé que á todos animaba. No desconocía el gran interés que habria en aquel país en deslustrar su gran repu-

tacion, los muchos envidiosos que tenia en la córte de Madrid; dispuestos como estarian á sacar partido de cualquier revés que le ocurriese. Todavía recordaba cuanto se habia murmurado de su inaccion ó poca voluntad de auxiliar con su tropa y navíos al duque de Medinasidonia en la expedicion de la Invencible, cuando se hallaba sin medios para obrar de otra manera como ya hemos visto. Mas todas estas reflexiones eran inútiles para un hombre á quien no quedaba mas recurso que obedecer las órdenes del rey ó dejar para siempre su servicio.

Cuanto mas afanado estaba en los preparativos de su expedicion, ocurrió un motin en el tercio español de Manriquez que guarnecía la plaza de Courtray, y por los mismos motivos que el de Leiva. No costó poco trabajo reducir á la obediencia unas tropas cuyo servicio era tan útil en aquella circunstancia. Ni ocurrió otro medio de acallar sus quejas, que satisfacerles sus pagas devengadas con dinero que acababa de llegar de España. Volvieron con esto á su deber los sublevados, que hasta entonces habian servido bien y cuyo valor estaba tan á prueba.

Hizo este tercio parte del cuerpo de vanguardia que se movió de Flandes un poco antes que Alejandro. Se componía de cinco mil hombres escogidos de infantería y ochocientos de á caballo. Su primer punto de reunion fué en Condé, pueblo de Flandes, de donde se trasladaron á Guisa, perteneciente á Francia. Al mismo tiempo que se hallaba en movimiento esta vanguardia, se dirigía el duque de Mayena con diez mil hombres de la liga á la frontera con el objeto de reunirse á las tropas de Alejandro. Permaneció este cuerpo combinado en Guisa aguardando la llegada del duque de Parma con el cuerpo principal y la artillería que estaba reuniendo á toda prisa.

Continuaba entre tanto la estrechez del sitio de París y los apuros de sus habitantes. Noticioso el rey del movimiento de los de Alejandro, dudó si los aguardaría en París ó les saldría al encuentro. Con lo primero conserva-

ba siempre la esperanza de hacerse dueño de la capital; adoptando el segundo expediente, conseguia la ventaja de presentar ó aceptar una batalla, desembarazado de las operaciones de un sitio que podian debilitar muchísimo sus fuerzas. Hizo pues amagos de ponerse en movimiento en busca de los enemigos, mas era demasiado importante la continuacion de aquel asedio para que le abandonase sin que motivo superior le obligase á ello, y así esperó que los enemigos marchasen hácia él, caso que tuviesen esta intencion, sin salirles por entonces al encuentro.

Al fin se movió el duque de Parma de Bruselas á mediados de agosto de 1590 al frente del cuerpo principal de su ejército con el tren de artillería, y por el camino mas corto se puso en marcha para Guisa, donde se reunió con la vanguardia. En seguida se dirigieron todos á Laon, donde ya los aguardaba el duque de Mayena para arreglar allí su plan de operaciones.

Hizo su entrada en Laon el duque de Parma con toda pompa y aparato, rodeado de sus primeros oficiales y á la cabeza del ejército. Fue recibido á la puerta por la municipalidad y demas autoridades, y no quiso recibir las llaves de la ciudad que con las formalidades de costumbre le ofrecieron. En seguida pasaron todos á la catedral donde se cantó el *Te-Deum*. Habiéndose despues reunido en la casa de su alojamiento los principales jefes de los dos ejércitos, y los principales funcionarios civiles y eclesiásticos de la ciudad, se dió lectura pública á las órdenes del rey, quien le mandaba entrar con un ejército en Francia en auxilio de la santa liga y defensa de la religion católica contra el partido calvinista, capitaneado por Enrique de Navarra, que en tantos peligros la ponía. Terminó el dia con festejos y manifestaciones públicas del entusiasmo que producía la llegada de tan poderosos auxiliares.

A diez y seis mil ascendía el número de los infantes, entre españoles, italianos, valones y alemanes, y á tres mil los caballos españoles é italianos, que componian el cuerpo de ejército del duque de Parma. Se contaban entre los

principales jefes Antonio de Leiva, español; el principe Castro Beltran, y Apio de Comitibus, italianos; el alemán Jacobo de Collalto; y de los flamencos, el principe Chimay, el marqués de Renty, los condes de Barlamont y de Aremberg. Diez mil infantes y tres mil caballos militaban á las órdenes del duque de Mayena.

Reunidos ya los dos generales, fue su primera operacion consultar sobre el plan de campaña de los dos cuerpos combinados. Fogosos como siempre los franceses, propusieron que se marchase inmediatamente sobre París á levantar el sitio de aquella capital, reducida á tantos apuros y estrecheces. No convenia tanta precipitacion al duque de Parma, capitan prudente, que todo lo meditaba y combinaba. Hallándose en un reino extraño devorado de facciones, natural era que antes de obrar de un modo decisivo tomase el pulso á las personas y á las cosas, que observase un poco los nuevos jefes que le rodeaban, las nuevas tropas que debian recibir sus órdenes. No desconocía sin duda los graves compromisos en que le habian puesto las del rey de España y á cuántos azares se hallaba expuesta su reputacion de entendido y hábil capitan, fruto de tantos años de afanes y trabajo. Sin contradecir, pues, abiertamente la opinion de Mayena y sus franceses, manifestó que antes de moverse necesitaba reforzarse mas con la retaguardia que aguardaba de un momento á otro, y sobre todo que llegase el dinero enviado por el rey, que resguardado por una fuerte escolta caminaba lentamente con todas las precauciones que hacia necesarias la inseguridad de los caminos.

Mientras tanto las negociaciones que van siempre en pos, y muchas veces de frente con las operaciones militares, hacian su papel en esta contienda tan reñida, casi á muerte. En Enrique era natural y sincero el deseo de arreglar las cosas amistosamente, hallándose con tantos enemigos y mortificadísimo con la repulsa del pueblo de París que á tan duras medidas le obligaba. Había mala fé sin duda en los pasos de pacificacion dados por la liga,

que trataba de ganar tiempo para procurarse algun alivio en un sitio tan molesto. Era el gran nudo de la dificultad el calvinismo del rey, y al que se mostraba muy adicto por entonces. La paz era imposible; las treguas que le proponian los liguistas no convenian á quien contaba de un momento á otro con sujetar la capital, cada vez mas apurada.

Se trasladó con las negociaciones de París al campo de Mayena. Sabedor Enrique de la marcha definitiva de Alejandro, dió salvo conducto á los comisionados de París que iban á verse con el teniente general del reino en compañía de los suyos propios. Prometia de nuevo el de Navarra tolerancia completa en materias religiosas, y el ducado de Borgoña para el de Mayena con soberanía independiente. Le preguntaba al mismo tiempo qué era lo que esperaba de la alianza de un príncipe extranjero cuya ambicion y poderío amenazaban la independencia de la Francia, y le exhortaba al mismo no se hiciese instrumento de una política que en mengua del decoro nacional se erigia en árbitro de sus disensiones, cuyo arreglo á ellos solos concernia.

Respondió Mayena que en la altura á que habian llegado los negocios ya no estaba en sus facultades arreglar nada por sí mismo; que con la santa liga obraban enteramente el pontífice y el rey de España; que se dirigiese por lo tanto al duque de Parma, generalísimo de los coligados; que por su parte se mostraria siempre en guerra abierta contra los enemigos de la fé católica, y en cuanto al ducado de Borgoña, bien sabia el rey de Navarra de qué potencia dependia.

El duque de Parma, á quien se dirigió en seguida Enrique, se mostró mucho mas terminante y mas explicito. Sin querer admitir á los embajadores sino en audiencia pública, respondió que habiendo recibido órdenes de su rey para combatir en Francia contra los enemigos de la fé católica, era el solo negocio de que se ocupaba por entonces; que mientras Enrique de Navarra fuese enemi-

go de la Iglesia, como enemigo de su rey tenia que considerarle; que en ningun asunto político tenia que entender, subsistiendo el mandato y sus motivos; y que por lo mismo no entraria con nadie en negociaciones antes de recibir las órdenes del rey para entablarlas.

Reforzado el campo de los coligados con tropas de Alejandro y al mismo tiempo de Mayena, se movieron ambos cuerpos, reunidos ya en uno solo, camino de París, llevando consigo muchos víveres de repuesto para socorrer á los sitiados. Mandaba la vanguardia el duque de Aumale, y el de Mayena el cuerpo del centro, donde entraban los españoles, valones, alemanes é italianos que acababan de llegar de los Países-Bajos. Residia el mando supremo en Alejandro, general de un cuerpo de auxiliares, en pais donde se hallaban los príncipes de Guisa y otros personajes que pertenecian á la liga, circunstancia que indica bastante el grande mérito del general y la preponderancia que en este pais extraño ejercia el rey á quien representaba.

Marchaba el ejército combinado, como en pais enemigo, con todas las precauciones militares. No se descuidaba Alejandro en disponer reconocimientos con frecuencia, en proporcionarse itinerarios, y las reseñas mas exactas del pais que transitaba. Todos los altos se hacian metódicamente, eligiendo para acampar las posiciones mas seguras. Estaba bien penetrado el duque de lo que le iba en cualquiera descuido y negligencia marchando por aquel pais extraño.

Grande fue el conflicto de Enrique de Navarra al saber el movimiento de los coligados. ¿Saldria á buscarlos levantando el sitio, perdiendo asi el fruto de cuatro meses de afanes y trabajos? ¿Los aguardaria en sus lineas, privándose asi de la facultad de un campo propio para aceptar ó dar una batalla? ¿Podria dividir sus fuerzas para conseguir á la vez los dos objetos? El consejo, á quien sometió este asunto delicado, fue de opinion de que levantase el campo y saliese en busca de los enemigos,

pues este era el asunto mas interesante; mas dejando siempre delante de París algunas tropas para ocupar los puntos mas importantes de su comunicacion con los de afuera, siendo estos el Sena que atraviesa la ciudad, y el Marne que desagua muy cerca de la poblacion en la orilla derecha del primero. Habiendo el rey adoptado esta opinion en sus dos partes, levantó el campo con las precauciones indicadas y llegó á Cheles, el mismo dia que entraron en Meaux los coligados.

Se hallaban ya en frente y muy cerca uno de otro los dos hombres de guerra que llamaban mas entonces la atencion de Europa, aunque en desigual categoría y por medios muy diversos. Se distinguia Enrique de Navarra por su ardor, por su impetuosidad, por aquella intrepidez que no conoce obstáculos y se embriaga con la imagen del peligro; campeaban en Alejandro Farnesio la serenidad, el espíritu observador y reflexivo, el genio que medita y calcula con calma y sangre fria lo que despues va á ejecutar con la rapidez tan esencial en todos los movimientos de la guerra. Era Enrique demasiado soldado para poner en evidencia su mérito como capitán: tambien se distinguia Alejandro como soldado y gran soldado, mas se eclipsaba esta cualidad delante del tino, del don de mando con que tan aventajadamente le habia dotado la naturaleza. Se hallaba muy lejos de ser Enrique la cabeza de mas capacidad, el verdadero general en jefe de su ejército, aunque como rey estuviese en el ejercicio del supremo mando; mientras el duque de Parma era el verdadero jefe, el director, el alma principal de todas las operaciones de la guerra, extendiendo su influencia y ascendiente de su genio hasta á los mas famosos y experimentados capitanes que habian encanecido en las guerras de los Países-Bajos. La campaña en que van á entrar estos dos caudillos uno contra el otro, será una explicacion de lo que tan sucintamente analizamos.

Con el movimiento de Enrique de Navarra pudieron entrar en París algunos víveres, aunque en cantidad

demasiado escasa para las necesidades que aquejaban aquella inmensa poblacion, hallándose todavía ocupados por los enemigos los principales puntos de comunicacion, sobre todo los dos rios. Sin embargo fué este respiro de bastante consideracion para que Alejandro combinase con calma sus operaciones sin aventurarse á ningun paso que le comprometiese demasiado. Fué su primera operacion en Meaux situarse en un campo atrincherado, que fortificó con todas las precauciones necesarias.

Pero al paso que el duque de Parma se mostraba tan lento en avanzar, se hallaba animado de impaciencia el rey de Francia de presentarle la batalla. Sin poder alejarse de París, temiendo á cada instante un accidente que le arrebatase de entre las manos una presa tan ansiada, sabedor por otra parte de que el bloqueo de París no se mantenía tan estrecho como él lo habia ordenado, era de su interés venir cuanto mas antes á las manos con los coligados. Para hacerlos salir al campo, no cesaba de inquietarlos con amagos de ataque por varios puntos de sus líneas. Mas no se daba cuidado el duque de Parma de sus provocaciones.

Impaciente el rey, envió al campamento enemigo una especie de cartel ó desafio en que echaba en cara al duque de Mayena su demasiada prudencia ó cobardía de permanecer encerrado en sus trincheras, invitándole á salir al campo á medirse con su rey, cuyos derechos de serlo despreciaba. Al mismo tiempo quiso picar el amor propio del duque de Parma, brindándole á que probase si era tan fácil vencer en campo raso, como tomar plazas.

Nada respondió Mayena á esta especie de desafio, hallándose todo el campo bajo las órdenes supremas de Farnesio. Cuando le dió parte del mensaje, dijo el de Parma con sonrisa y calma: que hasta entonces habia hecho la guerra segun las circunstancias del país, y que del mismo modo pensaba obrar en adelante; que sentia mucho no agradase su inaccion al rey de Navarra; mas